

VIDA
DEL GLORIOSO MÁRTIR
SAN FIDEL

SE VENERA SU SANTO CUERPO, TRAÍDO
DE ROMA, EN LA IGLESIA PARROQUIAL
DE LA VILLA Y PUERTO DEL CARRIL,
— ARZOBISPADO DE SANTIAGO —

POR EL

DR. D. GASPAR FERNÁNDEZ ZUNZÚNEGUI,
CANÓNICO MAGISTRAL DE LA IGLESIA COMPOSTELANA

—
CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA
—

Reimpreso en Santiago.
Imprenta, Librería y Enc. del Seminario

G
ON

t. 1409029

C. 72385048

R. 185441

VIDA
DEL GLORIOSO MÁRTIR
SAN FIDEL

SE VENERA SU SANTO CUERPO, TRAÍDO
DE ROMA, EN LA IGLESIA PARROQUIAL
DE LA VILLA Y PUERTO DEL CARRIL,
— ARZOBISPADO DE SANTIAGO —

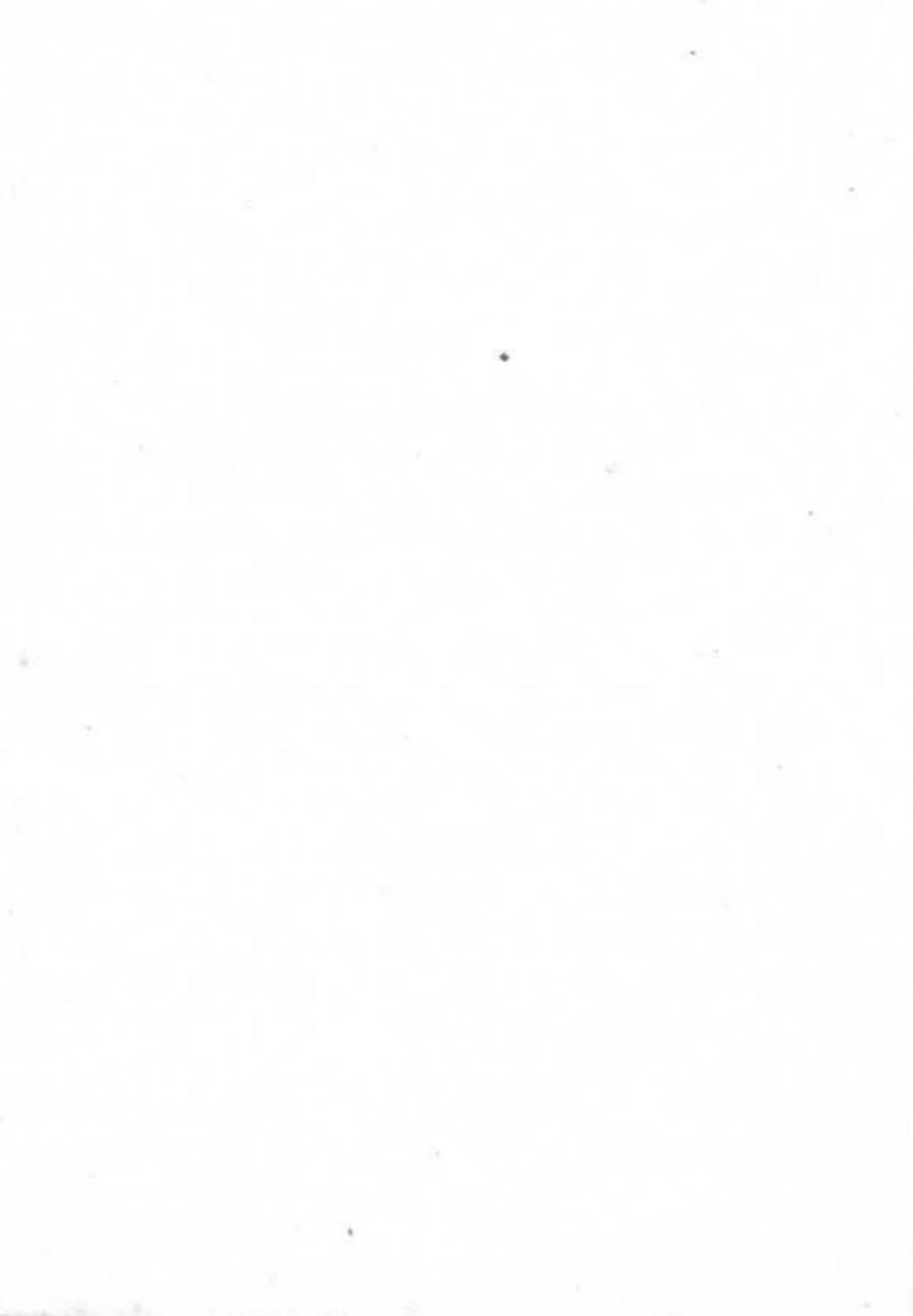
POR EL

DR. D. GASPAR FERNÁNDEZ ZUNZÚNEGUI,
CANÓNIGO MAGISTRAL DE LA IGLESIA COMPOSTELANA

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

Reimpreso en Santiago.
Imprenta, Librería y Enc. del Seminario

El Excmo. Sr. D. Miguel Payá
y Rico, Arzobispo de esta Dióce-
sis, concede ochenta días de indul-
gencia a todos los fieles que pia-
dosamente leyeren este opúsculo.



Gloria et honore coronasti eum.

(Psal. 8, v. 6).

Trasladándonos en alas de la fe a las mansiones de los justos, preséntase a los ojos del espíritu un ilustre Joven, que ostenta sus grandezas y el brillo de la gloria que le circunda en medio de muchos escogidos que le aclaman bienaventurado.

Vestido de celeste luz y con el cetro de la inmortalidad, pasea majestuosamente aquella región de delicias, donde reina sin fin entre dulzuras inefables.

Ya se introduce en el coro dichoso de las almas vírgenes, que siguen al Cordero adonde quiera que va. Ya toma asiento entre los confesores, que elevan al Eterno cánticos de amor y de gloria. Ya también muestra su invicta palma y ostenta con noble continente

su corona de mártir, triunfando con los que, llenos de abnegación, despreciaron una dicha terrena por lograr un reino inmortal.

¿Quién es este varón esclarecido que se deja ver en los cielos con tal magnificencia, y en cuya hermosa frente brillan tales coronas...?

No es difícil saberlo. Distinguido soldado y mártir gloriosísimo, el mundo católico le conoce con el hermoso nombre de Fidel. Milán le vió nacer en su seno; y el siglo cuarto de la Iglesia comenzó presenciando sus heroicos triunfos.

¿Pero qué senda feliz le ha conducido a la dicha inmortal que hoy disfruta...?

Esto es lo que queremos manifestar, exponiendo su admirable vida, para nuestra confusión y enseñanza.

Nació este privilegiado mortal, hijo de las fervientes oraciones de sus piadosos padres, en Milán, bellísima ciudad de Italia, cuando

asomaba apenas en el horizonte de las edades el siglo cuarto de la Iglesia.

Destinábale el cielo para confundir la impiedad y llenarla de asombro.

Si os representáis un tierno niño, heredero de un patrimonio pingüe, circulando por sus venas una sangre ilustre, y rebosando gracia encantadora, habréis visto a Fidel en sus primeros años.

Su entendimiento es claro y profundo; su alma grande y capaz de las mayores empresas; en su modesto continente se deja ver ese aire de entereza cristiana, que revela ya el joven campeón, gloria de su estirpe y ornamento de la Iglesia católica.

Apenas comienzan en su espíritu los primeros albores de la reflexión, tiende su vista por la ignorancia y depravación de su siglo. La sensualidad más grosera reina en todas partes; los vicios del espirante gentilismo imperan de un modo absoluto; el orgullo, la idolatría, las costumbres más licenciosas están en su apogeo. Parece que hay empeño marcado en contrariar los preceptos del Salvador, y se quiere ahogar al cristianismo en sangre.

El niño Fidel, cual paloma cándida al salir por primera vez al ambiente, ve una perversidad tan general. ¿Seguirá él también esa senda de corrupción; se dejará arrastrar por esa corriente de vicio, que lleva envueltos en sus aguas inmundas a la mayor parte de sus semejantes...?

¡Oh!, eso sería una ingratitud monstruosa hacia su Criador. Sería hacer pedazos la rica estola de la inocencia, que ha recibido en el Bautismo. Sería faltar a los juramentos más solemnes, y hacer traición al buen Jesús, a quien ha prometido una fidelidad eterna.

Un sentimiento nobilísimo le domina en tan crítico instante. En su pecho late un corazón puro e inocente. Sus pasiones no saben aún lo que es vicio. Sus pensamientos se elevan sencillos hacia el cielo, y se complace en ellos su Dios. La gracia bautismal hermosea su alma con un brillo divino. Los ángeles le miran compañero suyo, y con derecho a una feliz eternidad.

No; no pierde Fidel tanto bien por un placer de un momento. No pierde su dicha in-

mensa por seguir la vanidad y la mentira. No pierde la posesión de la gracia en que se halla por los halagos de un mundo seductor.

Fidel con su conducta, al comenzar a hacer uso de su razón, confunde ya nuestra conducta.

También nosotros hemos tenido, cuando éramos niños, algunos años cándidos y puros, en que nuestro corazón era inocente, en que nuestro pecho respiraba con celestiales emociones. La gracia bautismal adornaba entonces nuestra alma, y un candor angélico se dejaba ver en todos nuestros actos.

Pero ¡ay!... ¿adónde se fué tanta hermosura?... ¡Dios mío, lágrimas de sangre para llorar la pérdida de tanto bien!...

Satanás se sentó como dueño absoluto en nosotros. Desaparecieron tantas bellezas con el primer pecado mortal. Y los que con la gracia éramos hijos de un Dios excelso, herederos de un trono de gloria, quedamos

con el crimen convertidos en esclavos de Satanás, inmundos como él, y sujetos a una eternidad de tormentos.

¡Ah! infeliz el que, perdida una vez la inocencia, no trata de volver a la amistad de Dios con un dolor sincero de sus culpas. Infeliz el que, habiendo seguido las banderas de Lucifer, no corre a echarse en los amantes brazos de Jesús con una confesión humilde. Desgraciado, porque no tendrá parte con su Redentor en el reino de los escogidos.

Nuestro Santo triunfa de Satanás en los primeros años de su reflexión. Conoce bien pronto la vanidad y la locura de los mortales, que se empeñan en perderse por unos placeres caducos. Fija los ojos en su patria celestial querida; y sin detenerse en el camino con puerilidades indignas de un cristiano, marcha hacia ella con paso firme y gigantesco.

A la edad en que los demás jóvenes sue-

len comenzar a pervertirse, y apenas piensan en otra cosa que en diversiones y placeres, es ya Fidel modelo de todas las virtudes. Bien puede el mundo convidarle con sus honores, con sus vanidades y pompas: él ama a su Dios tan sólo, y le ofrece en su corazón un sacrificio de alabanza. Vive en la tierra, mas sus miradas están fijas en el cielo. Oye las palabras infames, las locuciones impuras que ofenden sus oídos castos; pero sus pensamientos, su conversación, su vida toda es con los espíritus angélicos, según aquellas palabras del Apóstol: *Conversatio nostra in cælis est.*

Su bello natural le ayuda poderosamente en la virtud; la fiel cooperación a las abundantes gracias que recibe, le hacen cada día más digno de los favores del cielo. Pero también es cierto que una educación religiosa le ha prevenido para multitud de escollos, en que acaso sin ella hubiera podido naufragar su hermosa alma.

Una educación religiosa, sí; porque el Señor no quiere multiplicar los milagros de su gracia, fomentando la pereza de los padres en este punto. El medio ordinario y común, el medio sabiamente escogido por la Providencia para conservar a un niño inocente y sembrar en su corazón la semilla de la santidad, es una educación esmerada según las máximas del cristianismo.

Padres de familia, amáis a vuestros hijos muchísimo, y hacéis bien; son pedazos de vuestro corazón. Pero muchas veces atendéis más a su cuerpo que a su alma; muchas veces miráis con mayor solicitud su felicidad temporal que su felicidad eterna.

¡Ah! sea siempre vuestro primer cuidado adornar de virtudes las tiernas almas de vuestros hijos, proporcionarles instrucción religiosa, apartarlos de malas compañías, darles constantemente buen ejemplo, y acostumarlos a las prácticas de piedad. Así los conservaréis inocentes, y en cuanto es de vuestra parte aseguraréis su salvación.

Los padres de Fidel no se descuidan en cumplir con su hijo el precepto natural y divino de una cristiana y buena educación; y brillando entonces en Milán por sus altísimas virtudes el Arzobispo San Materno, le ponen bajo su enseñanza, teniendo el gran consuelo de ver a su hijo adorado corresponder a sus desvelos de la manera más brillante.

La gloria de este santo redundará siempre en honor y alabanza de los autores de sus días, porque supieron imprimir a sus primeros pasos una acertada dirección.

En efecto; penetrado nuestro hermoso Joven de que lo único que importa al hombre es salvarse, y conociendo por inspiración celestial el valor infinito de una virtud, que iguala a los hombres con los ángeles y forma las delicias del Eterno, resuelve consagrarse a Dios por completo, y le hace voto de su virginidad, empezando a vivir como religioso bajo el traje y la profesión de soldado.

¡Oh! con cuánto placer vieron los cielos esta consagración sublime en un ilustre

joven, rico, amable, gracioso, despejado!
¡Cuántas gracias descendieron entonces a su
corazón, y cuán divina apareció su frente
coronada de lirios y azucenas ..!

Ciertamente, que el alma se inunda de pla-
cer al contemplar estos ejemplos; pero tam-
bién se llena de dolor al observar ese rudo
contraste que ofrece el mundo con tan he-
roicas acciones.

Pues qué, ¿adoramos nosotros acaso a un
Dios distinto? ¿Tenemos distinta religión?
¿Tenemos distintos preceptos...? ¿No se nos
manda, lo mismo que a Fidel, una santa mor-
tificación en nuestras pasiones, una pureza
angelical en nuestras costumbres, una con-
ducta casta e inocente, apartada de toda
grosera sensualidad...?

Preciso es confesarlo, aunque sea con el
mayor dolor. El mundo lleva en esta mate-
ria una corriente de corrupción, que no pue-
de parar sino en el abismo. Las pasiones se

hallan desbordadas; y ese vicio fatal, ese vicio inmundo, cuyo solo nombre ofende los oídos castos, ese ídolo abominable encuentra adoradores en toda clase de personas, que le ofrecen sacrificios continuos. Grandes y pequeños, pobres y ricos, todos, a excepción de un cortísimo número de almas, agitan en sus manos el incensario impuro, y doblan la rodilla ante esa pasión, que ha hecho siempre la desgracia de la humanidad.

Y lo más sensible, y lo más doloroso es que en vano se exhortará a una persona dominada de este infame vicio. Su entendimiento está obscurecido; ha formado ya callo su conciencia; su alma se ha hecho insensible, se ha materializado, y no escucha la voz de la verdad. Parece que una cadena horrible la tiene asida a los abismos, que esperan con ansia el momento de poder sepultarla entre sus eternos ardores.

Líbrenos el Señor de tanta desgracia, y tienda sobre nosotros el manto de su misericordia.

Pero la vida de nuestro Santo, aunque corta en años, es larga en acciones virtuosas y fecundísima en observaciones morales.

Había llegado a la edad en que las ideas se fijan, y las convicciones del hombre adquieren aquel sello de estabilidad que distingue a los caracteres. Con el ejemplo de San Materno y las sabias lecciones de este gran maestro del espíritu se había enardecido su alma, hasta el punto de multiplicarse en el ejercicio de las santas obras como pudiera parecer increíble.

El Señor, que le preparaba una gloriosa muerte en sus mejores años, disponía desde el alto cielo darle una vida llena; para que al morir colmado de méritos y de virtudes, pudieran aplicársele aquellas palabras de la Escritura: *Consummatus in brevi, explevit tempora multa; consumado en breve, llenó mucho tiempo.*

Corría el siglo cuarto de la Iglesia, ese siglo tan fatal para los cristianos al principio, como favorable y glorioso después. El Emperador Maximiano ensayaba su último esfuerzo de violencia contra la religión del

Gólgota. De Roma, la gran Ciudad, partía un grito de muerte contra los que confesaban el nombre de Jesucristo; grito que, retumbando en el Imperio, aterraba a las provincias con su estruendo pavoroso.

Fidel ardía en deseos de la palma del martirio. Mas moderaba su ardor bajo el traje de soldado, para servir a la Iglesia desde su distinguido puesto.

La prudencia es la gran virtud que modera todas las otras. No debe rehuirse la lucha cuando la religión la manda; pero el verdadero valor no la provoca temerario.

Muchas veces es conveniente aplazar un combate rudo, para obrar entre tanto el bien, y pelear luego con más fuerza. Esta es la conducta de nuestro Santo.

Elevado por la fortuna y por sus envidiables prendas a las simpatías de todos; lleno de autoridad por su virtud, y ardiendo en celo y entusiasmo, es un ángel para la Igle-

sia en la más terrible persecución de cuantas ha padecido.

Lo que Sebastián es en Roma, viene a ser Fidel en Milán: el alma de los cristianos. Su prestigio, su gran talento, sus recursos, sus relaciones, todo lo consagra al triunfo del nombre de Jesucristo.

Es el infatigable apóstol de los confesores y mártires; y si mira por un lado a la conservación de su vida, es por otro para exponerla alentando a todos los fieles. La muerte de cada mártir es un nuevo sacrificio que él hace de su existencia. A cada instante la renuncia, porque los demás no renuncien a la fe del Salvador.

Y es tan ardiente su celo, y sus trabajos tan fecundos, y tan persuasiva su voz, y tan generosa su alma, y tan admirable su prudencia, y tan celestial su virtud, que la santa Iglesia halla en él una providencia visible, y la Lombardía le aclama defensor de la fe católica.

Pero en medio de estas victorias, de estos triunfos de su caridad, se esfuerza el ardoroso Joven por vivir humilde y obscuro; y tiembla ante los aplausos de los fieles, que quieren ensalzarle y colmarle de honores.

¡Qué contraste con nuestra conducta! ¡Qué contraste con nuestro orgullo...! ¡Cuán pequeños aparecemos nosotros con nuestra vanidad, y con su humildad cuán grande se levanta Fidel...!

¡Ah! es que su alma, como la de todos los hombres grandes, tenía un pensamiento fijo, una idea luminosa y viva, que le salía siempre al encuentro, y le arrebatava hacia sí con una fuerza irresistible.

Esta idea fija, este pensamiento constante era la humillación propia y la mayor gloria de Dios. Esta idea, doble en la apariencia y una en la realidad, le daba aliento para emprenderlo todo, le infundía valor para sobrellevarlo todo.

Por la gloria de Dios y la humillación propia sufría con paciencia los ultrajes, que le prodigaba muchas veces una multitud disoluta.

Por la gloria de Dios y la humillación propia sufría el ser tenido como sospechoso y hasta como traidor a sus banderas, el que era la misma observancia y la misma fidelidad.

Por la gloria de Dios y la humillación propia sufría el ser llevado a los tribunales y acusado por sus enemigos de impío y de blasfemo, el que era el hombre de la fe y el mártir de la religión.

Por la gloria de Dios y la humillación propia se lanzaba a las cárceles a consolar a los cristianos, y arrostraba con denuedo el peligro a que su fervor le exponía.

Por la gloria de Dios y la humillación propia amparaba en sus piadosas prácticas a los confesores de Cristo, y era su escudo y su defensa contra las potestades del Imperio.

Por la gloria de Dios y la humillación propia marchaba, al fin, a la ciudad de Como, pocas leguas distante de Milán, ocultando sus grandes sacrificios a los ojos del pueblo, y disponiéndose para el martirio en el recogimiento de su alma.

¡Hombre admirable! Tú no debieras morir; tú debieras vivir siempre para ejemplo y provecho del mundo.

Mil veces se te oía exclamar transportado en medio de las fatigas de tu celo: «Señor, no os pido otra cosa que amaros, ni otro premio que amaros más».

Mil veces se te oía decir en el silencio de la noche, cuando la persecución arreciaba y la calumnia te afligía: «Ahora, Dios mío, conozco con evidencia que me amas, pues me haces participante de tu cruz».

Mil veces se te oía exhalar este dulce suspiro de tu corazón abrasado: «Yo quiero ir a tí, oh buen Jesús, a quien únicamente ama mi alma; recibe, recibe cuanto antes mi espíritu en esas tus manos suavísimas, y duerma yo tranquilo en el seno de mi Redentor».

Todo señal de la elevación de tu pensamiento. Todo prueba inequívoca de la grandeza de tu alma. ¡Hombre admirable! Tú no debieras morir; tú debieras vivir siempre para ejemplo y provecho del mundo.

Pero no; Fidel debía morir. La tierra no era digna de él. Fidel debía morir, para salir

de un mundo de miserias, y reinar en un mundo de paz.

La muerte para los buenos no es castigo; es recompensa. Ella se presenta a sus ojos bajo la forma de un ángel, llevando en una mano el tranquilo sueño de la tumba, y en la otra la palma del triunfo y la corona del reino.

Fidel, sin duda por prudencia, tal vez por alentar a otros cristianos, o acaso por espíritu de humildad huyendo de los aplausos de su pueblo, se ausentó de Milán, y marchó a la ciudad de Como, donde le esperaba el martirio.

A poco tiempo de llegar, fué denunciado y preso, como el alma nada menos de los confesores de Cristo. He aquí el importante diálogo que se entabló entonces entre nuestro heroico Joven, y el Prefecto delegado de los Emperadores de Roma:

—Fidel, ¿es cierto que eres cristiano?

—Sí, soy; y de ello doy gracias al Dios omnipotente.

—¿Y no sabes tú que las leyes prohíben semejante religión?

—Yo sé que es primero obedecer a Dios que a los hombres.

—Y no sabes tú las penas que están señaladas a los transgresores de la ley?

—Yo sé que los hombres señalan penas atroces; pero también sé que hay un Dios en el cielo que descarga su mano terrible sobre el legislador injusto.

—Fidel, teme mis iras. Soy el Prefecto, y sabes que soy capaz de hacer tu cuerpo pedazos.

—Al que ha prodigado su vida en los campos de batalla; al que no ha temblado jamás en presencia del enemigo; al que ha derramado su sangre generosa en cien combates, no vengáis a hablarle de miedo. Teman aquellos que no sientan en sus venas sangre noble; teman aquellos que oculten el crimen en su corazón; teman aquellos que no sepan confiar en la Providencia. Yo, Prefecto, iluminado con los resplandores del

cielo, el respeto y la benevolencia lo sé conceder a los hombres; pero el temor... ¡ah! el temor, le reservo para Dios.

—Conque, es decir, que te obstinas.

—No me obstino, Prefecto; sino que persevero.

—Pues te haré desnudar y azotar públicamente para escarmiento del mundo entero.

—Pues el mundo entero, y los siglos que están por venir, se levantarán contra tí y maldecirán tu nombre.

—Fidel, yo busco tu felicidad, y tú me desprecias, me insultas. Por el altar de Júpiter te juro que te haré arrancar lentamente la vida, y si posible fuera, el alma misma.

—Prefecto, los cristianos no tememos la muerte, porque tras el sepulcro nos aguarda una vida dichosa. Cada gota de sangre que yo derrame, será un diamante más de mi corona. En el momento que expire, se me abrirán de par en par las puertas del Paraíso; y mientras quedan los hombres execrando tu injusticia, los ángeles del cielo cantarán: *Euge, serve bone et fidelis; intra in gau-*

dium Domini tui. Alégrate siervo bueno y fiel; entra en el gozo de tu Señor.

Soy cristiano, Prefecto. No sacrifico a los dioses. No tengo miedo a la muerte.

El Prefecto palideció de rabia, y se retiró lleno de cólera.

Momentos después Fidel, despojado de sus vestidos, comienza una pasión dolorosísima, que enternece a los ángeles de Dios. Y no despidе un lamento; y no deja correr una lágrima; pero pronuncia claramente el nombre de Jesucristo.

Caen sobre él los azotes; pedazos de carne saltan por el aire; arroyos de sangre le cubren. Y no despidе un lamento; y no deja correr una lágrima; pero pronuncia claramente el nombre de Jesucristo.

Son descoyuntados sus huesos en el potro; son abrasados sus costados con hachas encendidas; son todos sus miembros martirizados con crueldad. Y no despidе un lamen-

to; y no deja correr una lágrima; pero pronuncia claramente el nombre de Jesucristo.

Fidel consumó su glorioso martirio el día 28 de Octubre a principios del siglo cuarto de la Iglesia; o por lo menos, según el Martirologio Romano, en ese día se celebra su memoria.

Entre los cristianos de Lombardía resonó en seguida esta voz: «El Santo ha muerto». Unos se echaban a llorar, porque habían perdido un padre. Otros le colmaban de bendiciones, porque había sido su bienhechor. Todos se encomendaban a él, porque sabían que había volado al cielo.

Cuando se llega a la última escena de la vida de un hombre grande; cuando se le contempla en el tormento exhalar su último suspiro, parece que la tristeza se apodera del corazón, y un sentimiento melancólico pesa sobre el alma.

Si esto nos sucede a nosotros al pensar en la muerte de nuestro ilustre Joven, procuremos más bien alegrarnos, porque Fidel no ha muerto en realidad.

Vive en el corazón de sus devotos; y vive

sobre todo en el cielo, bendiciendo al Señor con cánticos eternos de alabanza. Pareció a los ojos del mundo que moría; pero él vive, él está en paz. Fué a sentarse en un trono de gloria.

Tal ha sido el camino que ha conducido a nuestro Santo a la patria inmortal en donde ahora reina. Tal la senda feliz que le ha colmado de inmensa ventura. La guarda fiel y constante de los mandamientos del Señor, una vida virtuosa y santa le ha proporcionado tanta dicha.

Y el cielo no se ha cerrado para nosotros. El mismo Jesús nos convida lleno de dulzura con eternas coronas que quiere colocar sobre nuestras sienés. No nos hagamos indignos de tanto bien.

Sigamos los ejemplos que nos han dejado los santos. Pongámonos bajo su protección; y esforcémonos, como Fidel, por adquirir la gloria y la inmortalidad.

El cuerpo de San Fidel fué llevado a Roma por los cristianos de su tiempo, para sustraerle a la profanación de los paganos; y allí fué sepultado con honor en las Catacumbas con otros muchos mártires del cristianismo.

En el año 1816 fué entregado con todas las solemnidades de rito al Ilmo. Sr. D. Felipe González Abarca, Obispo de Ibiza, quien le remitió, perfectamente custodiado y acompañado de su Auténtica, a D. Simón Alvarez Robés, vecino y del comercio de la villa y puerto del Carril en el Arzobispado de Santiago.

Al llegar a Carril el Sagrado cuerpo, fué depositado en la inmediata Capilla de la Isla de Cortegada para su reconocimiento y traslación solemne a la Iglesia Parroquial donde se venera.

Dicho reconocimiento le ordenó el Arzobispo de la Diócesis, Excmo. Sr. D. Rafael de Múzquiz, comisionando al efecto al doctor D. Ramón Flórez Villamil, que acompañado de muchas personas le verificó con la mayor solemnidad.

He aquí el Acta que se levantó entonces, y que se conserva original junto al cuerpo del Santo, con todos los demás documentos referentes al mismo:

En la Villa y Puerto del Carril a doce días del mes de Abril de 1817, el Dr. D. Ramón Flórez Villamil, Cura y Rector propio de Santa Eulalia de Gil, Arciprestazgo de Salnés, y comisionado por el Excelentísimo Sr. D. Rafael de Múzquiz y Aldunate, actual Arzobispo, para el reconocimiento del Sagrado Cuerpo de San Fidel mártir, que se halla depositado en la Isla de Cortegada y Capilla del mismo nombre inmediato a esta Villa, pasé con los Sres. D. Cayetano Blanco, Rector en este puerto, D. Bernardo del Río y Lema, Cura de Santa María de Portas, D. Pedro Barros de Alemparte de la de San Pedro de Lantano, D. Simón Alvarez Robés, D. Juan Enríquez, Juez y Justicia ordinaria en ella, D. Miguel Guisande, Regidor, y D. Santos Iglesias, Procurador General, a la citada Capilla de Cortegada, y habiendo examinado bien por menor la Urna en que se halla colocado San Fidel y arreglado en un todo a la Auténtica y más particulares que se previenen, he observado que sus sellos estaban intactos y con las mismas armas iguales a la expresada Auténtica, sin que fuese abierta la Urna ni en ella colocado otra cosa que el Santo Cuerpo, hallándola en un todo igual como también

observaron los que aquí se distinguen; y al día siguiente se trasladó procesionalmente a esta Iglesia Parroquial, y en el sitio destinado para su colocacion se puso a la veneracion pública de los fieles, habiendo sido con todo el aparato y solemnidad que merecía tan respetable acto; y porque en todo tiempo conste el expresado reconocimiento se depositan estos documentos en una cajita que se conservará unida al Santo para que su memoria no perezca. Como comisionado del Excmo. Señor lo firmo dicho día mes y año *ut supra*.

Dr. D. Ramón Flórez Villamil.

Cayetano Blanco.

Para terminar este opúsculo debemos decir que el Papa Pío séptimo, de feliz memoria, se dignó conceder Indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados a todos y cada uno de los fieles de ambos sexos, que verdaderamente arrepentidos, confesados y comulgados, visitaren devóticamente la Iglesia

Parroquial de la Villa del Carril en la Diócesis de Compostela, el Domingo después de la Pascua de Resurrección, el Domingo inmediato siguiente a la festividad de Santiago Apóstol, y el día séptimo igualmente inmediato después de dicha Dominica, desde las primeras Vísperas hasta ponerse el sol en cada uno de dichos días todos los años, rogando a Dios cada vez que esto hicieren por la concordia entre los Príncipes cristianos, extirpación de las herejías, y la exaltación de la Santa Madre Iglesia.

AD MAJOREM DEI GLORIAM





$$\begin{array}{r} 9 \\ 4 \\ \hline 3825 \\ 4000 \\ \hline 7825 \end{array}$$

$$\begin{array}{r} 425 \\ 9 \\ \hline 3825 \\ 4000 \\ \hline 7825 \end{array}$$

20
20